

## De la peste con humor...

### *Humour and wit in writings about the plague*

**Lía Mallol**

Universidad Nacional de Cuyo  
Argentina  
[liamallodea@gmail.com](mailto:liamallodea@gmail.com)

#### **Resumen:**

No pocas veces, el arte ha dado cuenta de los desastres naturales y las desgracias humanas. La peste es una de las realidades más dolorosas a las que los hombres se han visto enfrentados desde siempre y constituye, por lo tanto, uno de los temas obligados de la literatura desde la Antigüedad. Entre los autores franceses del siglo XX se destaca la original crónica de Marcel Pagnol sobre la peste de Marsella de 1720, presentada con visos de leyenda, de gesta heroica y de humorada. "Los apestados" (1977) sorprende por la ocurrencia con que la narración colorea el horror y disimula el infortunio haciendo de la calamidad una aventura llena de ingenio y de gracia. La intención de este artículo es divulgar un texto poco conocido del académico francés y resaltar el peculiar enfoque con que trata la adversidad, recordando que a través del humor la literatura es capaz de mitigar las más atroces circunstancias.

**Palabras claves:** Marcel Pagnol, peste, Marsella, 1720, humor

**Abstract:** Not infrequently, art has accounted for natural disasters and human misfortunes. Plague is one of the most painful realities that men have always faced and is therefore one of the obligated themes of literature since ancient times. Among the French authors of the twentieth century is Marcel Pagnol's original chronicle on the bubonic plague of Marseille of 1720, presented with characteristics of legend, heroic deeds and humour: "Les pestiférés" (1977). It surprises by the

wit that the story colours horror and disguises misfortune by making calamity an adventure full of acumen and fun. The intention of this article is to disseminate a little-known text of the French academic and highlight the peculiar approach with which he deals with adversity, recalling that through humour literature is able to mitigate the most heinous circumstances

**Key words:** Marcel Pagnol, bubonic plague, Marseille, 1720, humour

Basta recordar obras emblemáticas como el poema épico *Ilíada*, la Gran Muralla China, el cuadro de Delacroix “La libertad guiando al pueblo” o la más moderna sinfonía “Las ruinas de Beirut” del libanés Bechara El-Khoury, para reconocer que el arte –bajo todas sus formas– jamás se ha mantenido al margen de las desgracias humanas. Todo lo contrario: ha sido siempre una manera eficaz de darle nombre y forma al dolor, al horror y al terror que desconciertan y desestabilizan, quizás para ayudarle al espíritu a recobrar la paz y el equilibrio amenazados por la adversidad.

Una de las causas más atroces de infortunio a lo largo de la historia de la humanidad han sido las pestes. Ellas por sí solas también reenvían a obras emblemáticas como “El triunfo de la muerte” de Pieter Brueghel el Viejo (1562) o, entre los títulos literarios, a *Edipo Rey* de Sófocles, *El Decamerón* de Boccaccio, *Diario del año de la peste* de Daniel Defoe, *Muerte en Venecia* de Thomas Mann, *El amor en los tiempos del cólera* de Gabriel García Márquez... Para las letras francesas, un título poco conocido es *La peste en Florencia*, obra de juventud de Gustave Flaubert (1838); pero célebre e ineludible resulta *La Peste* de Albert Camus (1947), ícono de la literatura de mediados del siglo XX. Más reciente es el texto de Jean-Marie Gustave Le Clézio titulado *La cuarentena* (1995), que relata la estadía forzosa del abuelo materno del autor en un islote cercano a la Isla Mauricio, en 1831, debido a un brote de viruela. A las letras francesas del siglo XX pertenece

igualmente el relato “Los apestados” firmado por Marcel Pagnol<sup>1</sup> y publicado en 1977, tras su muerte.

La novela de Camus se presenta como la crónica de una peste imaginaria acaecida en Orán durante mil novecientos cuarenta y tantos. En su momento fue interpretada como una alegoría del nazismo y de la invasión alemana a Francia durante la Segunda Guerra Mundial; no obstante, resulta claro que hace alusión a cualquier desgracia que ponga a prueba la conducta humana. En el caso del relato de Pagnol, la conducta humana es puesta a prueba por el brote de peste que verdaderamente azotó a Marsella entre los años 1720 y 1722.

A este relato nos referiremos en el presente artículo. La intención es doble: por una parte, colaborar con la difusión fuera de Francia de un autor menos conocido de lo que su talento y vasta producción merecen y, por otro, destacar su original manera de tratar el tema acudiendo al humor para desdramatizar la gravedad del hecho relatado.

### **“Les pestiférés” en la producción de Marcel Pagnol**

“Les pestiférés” puede leerse como un cuento o *nouvelle*. Pero, en rigor, constituye el capítulo 9 del último volumen autobiográfico del autor titulado *Le temps des amours* que viene a cerrar la obra iniciada por *La gloire de mon père* (1957), *Le château de ma mère* (1958) y *Le temps des secrets* (1960). Los cuatro tomos conforman su célebre *Souvenirs d'enfance*. Los tres primeros títulos merecieron una gran adhesión del público en el momento de la publicación. Marcel Pagnol se vio obligado a prometer un último volumen y sobre el mismo trabajó a lo largo de diez años; pero este no vio la luz sino póstumamente, gracias a la labor de amigos y editores.

Los lectores no se vieron defraudados. En esta oportunidad, Pagnol recuerda su adolescencia alrededor de los 15 años, siendo ya alumno de los cursos superiores de la escuela secundaria. Hace su aparición el

---

<sup>1</sup> Nos basaremos en el texto francés “Les pestiférés” y las citas se harán en la lengua original.

amigo Yves, con quien comparte unas vacaciones de verano en los Alpes Provenzales, espacio original del autor, tan querido y significativo para él, y que constituye también el espacio natural no solo de los anteriores volúmenes de recuerdos sino de toda su producción tanto literaria como fílmica.

En efecto, Marcel Pagnol nació en Aubagne, al sur de Francia, un 28 de febrero de 1895. Falleció en París el 18 de abril de 1974 tras haber recorrido una larga y triunfante carrera como escritor, dramaturgo y cineasta. Desde 1946 ocupaba un sillón en la Academia Francesa.

La vocación de narrador fue la más tardía de todas. Sus primeros éxitos estuvieron asociados a la creación dramática: a las comedias *Topaze* (1928), *Marius* (1929) y *Fanny* (1931) les siguieron otras piezas propias y también traducciones y adaptaciones como las de *Sueño de una noche de verano* y *Hamlet* de Shakespeare en 1944 y 1947. Pero fue el cine hablado lo que reveló a Marcel Pagnol su gran potencial: a partir de 1933 con *El yerno del señor Poirier* (sobre la base del drama homónimo de Émile Augier) se suceden una treintena de títulos que hacen del provenzal un director, guionista y productor celebrado en Francia y mucho más allá de las fronteras de su país y de su tiempo. *La femme du boulanger*, por ejemplo, aplaudida de 1938, merecería una adaptación en 1985 y otra en 2010. Los icónicos Yves Montand, Daniel Auteuil y Gérard Depardieu protagonizaron en 1986 la versión cinematográfica franco-suizo-italiana-austríaca de la novela *Jean de Florette* y su continuación *Manon des sources* al año siguiente con la incorporación de Emmanuelle Béart al elenco; el guión era del propio autor. Este también les dio vida a personajes de otros escritores como Jean Giono, provenzal igual que él (*Regain*, 1937), Guy de Maupassant (*Le Rosier et Madame Husson*, 1950), Émile Mazaud (*Carnaval*, 1953), entre muchos más. Actores renombrados como Raimu o Fernandel fueron los protagonistas de sus más queridas películas. Pagnol fundó su propio estudio cinematográfico durante los años treinta y se instaló en el sur de Francia, cerca de Marsella, en el castillo de Buzine, el mismo que le diera título a su novela *Le château de ma mère*, segundo volumen de sus *Recuerdos de infancia*.

Son estos, junto con los dos tomos de la novela *L'Eau des collines* de 1963 (los ya citados *Jean de Florette* y *Manon des sources*) y sus

primeras comedias, los que conforman el principal legado literario de Marcel Pagnol. A través de todas estas obras, el autor le otorga protagonismo a su región natal dándole vida a leyendas, paisajes y personajes que conociera personalmente o a través de relatos de familia durante su niñez en el sur de Francia, en los Alpes de Provenza, específicamente Marsella y algunas ciudades aledañas como Aubagne y La Treille.

## **Recuperación del espacio y de la historia provenzales**

Los alrededores agrestes de Marsella constituyen el espacio donde se desarrolla la historia de los apestados que nos ocupa en esta oportunidad. La misma está puesta en boca de un extravagante personaje que irrumpe en la vida del adolescente Marcel y de su amigo Yves en medio de sus vagabundeos por las colinas; se trata de Monsieur Sylvain, un antiguo marino muy culto, amante de la música, de la Historia y de los autores clásicos, tildado de loco por la gente del lugar. Hipnotiza a los jóvenes con sus comentarios llenos de sabiduría y de gracia, formulados en un francés impecablemente formal que sorprende a sus interlocutores; estos le prestan oídos tanto más atentos cuanto que Monsieur Sylvain los trata con toda deferencia, dándoles a entender que los considera capacitados para comprender la profundidad de lo que él les enseña y, por lo tanto, dignos de compartir la vastedad de los saberes que el resto de la sociedad pueblerina no valora ni se digna escuchar por considerarlo demente.

Una tarde, los adolescentes y el marino se sientan delante de una gruta conocida como “la Baume<sup>2</sup> des pestiférés” y el relato comienza... No poca importancia reviste la situación comunicativa: el emisor es un hombre admirado y respetado por sus receptores, dos escolares curiosos que no ponen en duda la veracidad de sus dichos ni la autoridad con que los presenta; los amigos, además, celan su libre circulación por el espacio natural que los rodea, que los apasiona y cuyos secretos custodian. Estas circunstancias son fundamentales –a mi juicio- para entender los “guiños” que aparecen en el relato

---

<sup>2</sup> El término “baume” es un vocablo provenzal que significa “gruta”.

destinados a conectar más íntimamente al emisor con sus interlocutores y justificaría el tono sutilmente humorístico que reviste el mensaje. Monsieur Sylvain y los adolescentes comparten saberes, costumbres, amores, lenguaje y un imaginario; los tres son igualmente originarios del lugar, igualmente vagabundos en el espacio y están igualmente alejados de las convenciones sociales de su pequeño pueblo provenzal. De este modo, entre ellos se crea una suerte de código particular que adorna el mensaje. Así, por ejemplo, para ambientar a sus oyentes y hacerles comprender en qué momento del año tendrá lugar la anécdota, Monsieur Sylvain explicita: “quand les platanes finissent de faire leurs feuilles dont la grandeur est toujours proportionnée à la force du soleil, *ce qui prouve que Dieu est l’ami des joueurs de quilles*” [143, el subrayado es mío]. Evidentemente, la conclusión es un comentario cuya lógica solo alcanza a comprender un interlocutor familiarizado no solo con el paisaje descripto sino con las costumbres del lugar. En efecto, los bolos están entrañablemente relacionados con la Provenza francesa; la historia de este juego nacido a orillas del Mediterráneo es varias veces milenario; su práctica se extiende a todas las ciudades y aldeas del sur en cuyas plazas resulta habitual encontrar a jóvenes y adultos de toda clase social participando de alguna partida<sup>3</sup>. Es decir que Monsieur Sylvain completa y adorna su discurso con elementos que lo acercan aún más a sus jóvenes oyentes y que refuerzan la intimidad y complicidad existente entre los tres, amén de que torna la anécdota más accesible, cercana y comprensible para los adolescentes.

El relato de “Les pestiférés” se inicia con el siguiente diálogo:

- En 1720, comme vous le savez, la peste dévasta Marseille. Je n’y étais pas, et je m’en félicite.
  - Nous vous en félicitons également, dis-je.
  - Et nous nous en félicitons nous-mêmes, dit Yves.
  - Mais les Marseillais, dit M. Sylvain, n’eurent pas à s’en féliciter.
- [139]

---

<sup>3</sup> Cf <https://www.provence7.com/portails/traditions/fetes-et-jeux-en-provence/jeux-de-boules/> consultado en línea el 22 de mayo de 2020

Clara resulta la connivencia que se establece entre los tres participantes a partir del leve juego humorístico que acorta la enorme distancia temporal existente entre el presente de la enunciación y el pasado al cual el enunciado hará referencia, como si solamente una pequeña y afortunada casualidad hubiera impedido por poco margen que el viejo marino y los estudiantes hubieran vivido la experiencia...

Desde un principio, los amigos son invitados a involucrarse con lo que oirán y a rescatar parte del imaginario colectivo que los une con el emisor: “comme vous le savez”. Monsieur Sylvain se remite a un hecho histórico y solicita que los adolescentes también hagan un esfuerzo de memoria acudiendo a sus saberes escolares y a lo que todo marsellés debe conocer porque pertenece al pasado de su región. Por supuesto, a los datos históricos conocidos por toda la comunidad, el orador les agregará su propia interpretación de los hechos y, sobre todo, su toque personal.

Los acontecimientos por todos conocidos son que la peste devastó a Marsella y sus alrededores entre los años 1720 y 1722 y que se anunció hacia el final de la primavera de ese primer año: “c’était au début du mois de juin, en l’année 1720”, dice Monsieur Sylvain [143]. Las crónicas históricas aseguran que llegó a la ciudad a través del navío Gran San Antonio<sup>4</sup> que ancló frente a la ciudad el 25 de mayo de 1720. Se la llama “la gran peste de Marsella”. Esta ciudad fue siempre especialmente sensible al flagelo debido a su contacto con el Oriente Cercano y Medio, ya que el puerto de Marsella establecía un activo y floreciente puente comercial entre Europa y países como Líbano o Siria; de allí llegaban la seda y el algodón, entre otras muchas mercancías. La peste era entonces una enfermedad endémica en lugares como Damasco, Tiro o Trípoli donde los barcos europeos se abastecían; por ello existían medidas de protección contra toda nave proveniente de Levante: “patentes” que indicaban si su ingreso al puerto era o no seguro desde el punto de vista sanitario. Los

---

<sup>4</sup> Datos más actuales ponen en duda este origen; pero no reviste la menor importancia para nuestro trabajo: “Pendant très longtemps, la responsabilité de l’épidémie a été octroyée au Grand-Saint-Antoine, un navire en provenance de Syrie. Mais une étude récente contredit cette hypothèse”. Cf. <https://madeinmarseille.net/33135-histoire- peste-1720-provence/>

historiadores afirman que el Gran San Antonio llegó al puerto marsellés con una “patente neta”, es decir, sin ningún impedimento, a pesar de haberse detenido, durante su recorrido de regreso a Europa, en ciudades reconocidamente apestandas y de haber sufrido durante el viaje la pérdida de un marinero por causas sospechosas. Esto habría hecho que las autoridades sanitarias precipitaran el desembarco de la mercadería, fundamentalmente rollos de seda y de algodón entre cuyos pliegues se escondían las pulgas infectadas con el bacilo *Yersinia pestis*. De modo que cuando la tripulación del Gran San Antonio concluyó la cuarentena a la que se había visto sometida tal como era de uso y costumbre en la época para todo navío procedente del Asia, la peste ya se había expandido por la ciudad. Las crónicas documentan que hacia agosto de ese año morían diariamente más de cien personas. Los cadáveres eran arrojados a la calle y terminaban siendo quemados en grandes piras; las casas, amuralladas; ninguna medida servía para detener el mal, ni siquiera para contenerlo. Se prohibió el ingreso y salida de la ciudad, pero, aun así, la epidemia llegó a los pueblos vecinos. Con altos y bajos, el último foco recién fue reducido hacia agosto de 1722. En dos años, la peste se habría cobrado la vida de un tercio de la población.

Monsieur Sylvain concentra su relato en un episodio particular acaecido durante el verano del primer año del flagelo. Recordemos que él, el joven Marcel y su amigo Yves se hallan sentados frente a “la cueva de los apestandos”; plausiblemente, el relato del viejo marino viene a justificar ante los escolares tal topónimo y es por ello que podemos afirmar que la narración se presenta como una leyenda, esto es como un “relato basado en un hecho o personaje reales, deformado o magnificado por la fantasía o la admiración”, según reza la segunda acepción del término documentada por el diccionario de la RAE. Recordemos, además, que toda leyenda integra el elemento al que alude en el mundo cotidiano o a la historia de la comunidad a la cual pertenece, constituyendo la explicación o justificación del origen de determinados fenómenos, generalmente naturales tales como particularidades del paisaje. En el caso del relato de Pagnol, se trataría de la explicación del nombre de la gruta delante de la cual se sientan a descansar los personajes que pasean por las colinas alledañas a Allauch, una de las comunas del distrito marsellés.

El lugar es conocido como “la gruta de los apestados” porque supuestamente, es decir, según la leyenda que Monsieur Sylvain relatará a sus jóvenes oyentes, allí vinieron a refugiarse los miembros de una pequeña comunidad que, viendo amenazados sus vidas y bienes, decidieran abandonar sus viviendas y guarecerse fuera de la ciudad a la espera de que la epidemia cediese. Monsieur Sylvain cuenta cómo fue que lo planificaron y lo consiguieron.

### **“Les pestiférés”, la anécdota y su relación con nuestra actualidad**

El narrador inicia el relato acudiendo al recuerdo de la Historia y la ubicación temporal, seguramente para dar a sus palabras toda la veracidad y credibilidad que necesita frente a su auditorio: “Après la mort du grand Louis XIV, le prince Philippe d’Orléans avait pris la régence du royaume. Il y avait de grandes intrigues à la cour. Mais la France, et particulièrement la ville de Marseille, étaient en pleine prospérité” [139]. A lo largo de la narración se alude a hechos históricos verificables: la continua llegada a Marsella de barcos desde Levante con su amenaza de peste<sup>5</sup>, las fechas claves y algunas anécdotas que las crónicas de la época también apuntan como la proliferación en las calles de cadáveres apestados.

Mediante una técnica reconocidamente cinematográfica, como si de una película se tratara, se nos introduce primeramente en el espacio donde transcurrirá la acción, verdadero *locus amoenus* donde la dicha y armonía de los habitantes concuerda con su prosperidad económica y la buena posición social de algunos vecinos: un barrio “acomodado” ubicado a las afueras de la ciudad de Marsella, en alto, frente a la bahía del puerto viejo: “Or, il y avait, dans cette ville heureuse, un tout petit quartier, encore plus heureux que les autres, et qui était vraiment un coin de Paradis” [139-140].

Durante la presentación de cada uno de los “notables” de la comunidad se hace hincapié en Maître Pancrace, protagonista de este

---

<sup>5</sup> El brote que se relata en “Les pestiférés” constituye la 28ª manifestación de peste bubónica o peste negra en Marsella desde la Antigüedad.

relato, personaje misterioso pero no por ello menos querido y respetado en el seno de la pequeña comunidad: “Maître Pancrace y régnait: c’était un personnage assez mystérieux, puisque personne ne savait d’où il venait” [141]. Nadie conoce su origen ni su pasado; en el momento presente es un médico admirado que a diario se dirige a la ciudad “pour soigner les misères des grands bourgeois, et même de Monseigneur l’Évêque” [141]. Sus sesenta años de edad, su buena presencia y el roce con lo más granado de la sociedad citadina lo han puesto naturalmente por encima de sus vecinos, sobre quienes tiene un ascendiente indiscutible.

Una tarde de junio regresa de la ciudad preocupado y de buen grado acepta beber una refrescante copa con el capitán: “j’ai grand besoin de chasser des idées déplaisantes qui me mettent en souci” [143]. Ha estado revisando dos cadáveres en la enfermería del puerto y, contrariamente a la opinión de otros médicos –entre ellos el cirujano jefe-, teme lo peor: “je n’affirme pas que ces malheureux sont morts de la peste. Mais j’ai vu certains bubons qui m’ont laissé quelques doutes...” [144]. Al cabo de un mes, sus sospechas se confirman: médicos venidos desde Montpellier para realizar la autopsia de los cadáveres han concluido sin dudar que la causa del deceso ha sido la peste y, además, acaba de hacerse pública la noticia de la muerte del cirujano jefe y de toda su familia debido al contagio. Así pues, Maître Pancrace convoca a los hombres de la comunidad para advertirlos y tomar las primeras medidas contra el flagelo:

[...] nous devons prendre un certain nombre de précautions. Par exemple, nous ne laisserons pas les enfants sortir des jardins qui sont adossés à la colline, et où aucune personne étrangère ne pourra leur apporter la contagion. Nous-mêmes, ainsi que nos femmes, nous ne descendrons plus à la ville, sauf en cas de nécessité, et nous n’irons en aucun cas dans les quartiers qui entourent le port. [...] Enfin, tous ceux qui auront été obligés de quitter notre placette pour aller à leurs affaires devront dès leur retour prendre un bain d’eau vinaigrée et se savonner du haut en bas, très consciencieusement. Ce sont des précautions peu obligeantes, mais qui suffiront à nous préserver, du moins pour le moment [150-151].

Es de destacar que las medidas impuestas por el médico son idénticas a las que se hicieron necesarias ante la moderna pandemia de COVID-

19: básicamente, el aislamiento y la higiene. Sorprende que, después de trescientos años, las precauciones sean las mismas, como también lo son las reacciones de las personas. Ante la sola evocación de la peste, el narrador declara: “Il vit que ses amis s’écartaient un peu de lui, comme effrayés” [145].

No solo el instintivo gesto de apartamiento se repite, sino algunas actitudes humanas ya descritas por otros autores antes de Pagnol. ¿Cómo no recordar la célebre discrepancia entre el Dr. Bernard Rieux y el Padre Paneloux durante la peste novelada por Albert Camus? El sacerdote busca la causa del mal en la falta de piedad de una sociedad orgullosa olvidada de Dios y aprovecha la coyuntura para recordar a la feligresía la necesidad de volver su mirada humilde hacia la Providencia, la observancia de la ley de Dios y la fe de sus padres y, por supuesto, el arrepentimiento de sus pecados, pues a su juicio el mal cesará cuando se produzcan la contrición y la conversión interior. El médico, en cambio, que solo cree en lo que la ciencia le ha enseñado, se limita a luchar contra la enfermedad con todas sus fuerzas con la sola intención de aliviar un poco a sus semejantes. Del mismo modo, en “Les pestiférés” nos encontramos con un personaje que desoye los consejos de Maître Pancrace justificándose en la fe ciega que lo caracteriza: “En cas d’épidémie, dit-il, il est tout à fait certain que la volonté de Dieu sera faite, comme toujours, et que tous vos soins n’y changeront rien... Ce qui importe, c’est d’être prêt à partir, comme je le suis, car j’arrive de confesse... [...] Dieu reconnaîtra les siens!” [146].

Resulta asombrosa la gran semejanza que existe entre el relato que nos ocupa y la experiencia vivida por todos en estos últimos meses en relación con la necesidad de evitar las aglomeraciones; en efecto, en un primer momento, algunos vecinos encuentran exageradas las medidas de confinamiento sugeridas por Maître Pancrace; entre ellos, el más reticente es el citado feligrés, Maître Combarnoux, que persiste en seguir asistiendo a Misa. Leemos:

- Je vous déclare, dit le docteur, qu’il faut renoncer à la messe pour quelque temps. Le Bon Dieu qui nous voit saura bien que ce n’est pas par manque de zèle : il n’ignore pas, en effet, qu’une église, comme d’ailleurs tous les lieux de réunion, est un très dangereux foyer de contagion. Tout le monde ici connaît la fermeté de votre foi - mais si

en revenant de la messe vous rapportez la Peste dans notre petite communauté, est-ce que vous aurez agi en bon chrétien ? [159]

Se señala que los templos, como cualquier otro lugar de reunión, constituyen la fuente más segura de contagio, tal como ha sido experimentado durante la última pandemia aún en curso. Evidentemente, el hacinamiento o la proximidad entre las personas es lo primero que debe evitarse en estos casos y trescientos años más tarde la constatación sigue siendo la misma...

Otra dificultad que se repite es la lucha contra la ignorancia y los supuestos, contra los dichos, la información falsa y los rumores. En “Les pestiférés” no falta tampoco el personaje confiado o ingenuo que escucha más fácilmente las opiniones que las verdades; tal es el caso del cura Norbert, quien subestima la gravedad de lo anunciado por Maître Pancrace –autoridad en la materia- simplemente porque un amigo, “asistente del médico del hospital”, ha afirmado lo contrario. Descansando en el criterio de un ignorante, Norbert opina:

Mais pour moi, je ne crois pas encore que ce soit la peste. Mon ami l’assistant de l’hôpital m’a dit que nous étions à la saison des fièvres malignes, et que les marais de l’Huveaune répandent en ce moment un venin très subtil qui est la cause de cette petite contagion. Il y a aussi, en même temps, une recrudescence de la grande vérole, à cause de ces deux régiments venus de Toulon, et mon ami l’assistant...

- Ton ami l’assistant, dit brusquement Maître Pancrace, n’est qu’une andouille, qui se croit un savant parce qu’il donne des clystères. Je te dis que la Peste est lâchée dans la ville, et qu’au moins la moitié de ces gens vont périr [153].

De la misma manera, recordemos cuántas “falsas noticias” circularon entre nosotros durante las primeras semanas de la pandemia y con cuánto menosprecio se acogieron las medidas tomadas contra la propagación del coronavirus, aun entre gente supuestamente menos ignorante y mejor informada que los personajes del relato de Pagnol. Insistimos: trescientos años más tarde, los seres humanos seguimos actuando igual... Tratamos de minimizar el problema y sus consecuencias.

Maître Pancrace se concentra en el estudio y la búsqueda de un remedio eficaz contra la enfermedad; pero, tras haber repasado los libros de Historia de su vasta biblioteca y haber consultado a sus sabios colegas tanto en francés como en latín, inglés y alemán, adhiere a la conclusión de M. Boyer, médico de la marina de la vecina ciudad de Tolón: “« La peste, a-t-il écrit, est une maladie cruelle que l’on ne guérit pas, qui se communique, et dont les vrais préservatifs sont la flamme et la fuite. »” [158]. El estudioso declara, entonces, a los vecinos: “Je crois donc que soigner les pesteux, c’est soigner des morts, tandis que notre devoir, c’est de préserver les vivants...” [158].

Lo antedicho nos aporta otro motivo de comparación con las medidas actuales: la investigación acelerada acerca del virus, la búsqueda de medicinas o vacunas con qué combatirlo; el estudio de los casos y de las estadísticas comparando la situación actual con otras epidemias del pasado. Además, si bien no se ha empleado el fuego como protección contra el rápido contagio, sí se ha reconocido que el coronavirus no tiene cura por el momento y que lo más importante es “preservar a los vivos”, esto es, tomar todas las medidas necesarias para evitar la infección y la propagación del mal, lo mismo que se ha venido haciendo en estos siglos<sup>6</sup>.

Entre tales medidas, Maître Pancrace decide que la más urgente e importante es suspender todo contacto con la ciudad y obligarse al aislamiento para evitar el ingreso del mal desde la capital; declara el médico: “Nous allons d’abord accepter, de bonne volonté, une discipline rigoureuse: à partir d’aujourd’hui, personne ne sortira d’ici” [159].

La medida es aceptada con tanta mayor complacencia cuanto que todos acaban de asistir a un espectáculo aterrador: el desfile de un cortejo fúnebre compuesto por cuatro carretas desbordantes de cadáveres ennegrecidos, escoltadas por penitentes vestidos de negro con túnicas hasta los pies, guantes y capuchas que iban salmodiando un triste *miserere* mientras atravesaban el caserío rumbo al

---

<sup>6</sup> Cf. también medidas tomadas en 1918 en ocasión de la “gripe española”: [https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2020-03-12/eventos-pandemia-epidemia-virus-enfermedad\\_2490015/](https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2020-03-12/eventos-pandemia-epidemia-virus-enfermedad_2490015/)

cementerio con una antorcha en una mano y una campanita en la otra... “- Il se fait que les bonnes gens tombent comme des mouches, et qu’on n’a même plus le temps de les confesser...” [156], explica uno de los penitentes mientras “un sang noirâtre suintait aux coins de sa bouche” [156].

De inmediato se organiza el confinamiento entre los vecinos: “Parlons maintenant de notre organisation, car il va falloir vivre comme des assiégés” [160]. Siguiendo las indicaciones del médico, cada quien pone a disposición de todos víveres y bebidas; se decide cerrar puertas y postigos y abrir boquetes entre las medianeras para compartir por ese único medio lo que pudiesen necesitar unos de otros; el panadero, el carnicero y el almacenero son enviados a los pueblos más cercanos en busca de más provisiones; el médico manda preparar un vinagre especiado en enormes cantidades para poder proveer a todos de una solución desinfectante; se planta, asimismo, un huerto comunitario pensando en las necesidades futuras: “la communauté travailla comme une ruche” [167], sintetiza Monsieur Sylvain después de haber dedicado varios minutos de su narración a detallar todas las acciones llevadas a cabo por los pobladores para pasar del modo más cómodo posible la cuarentena autoimpuesta.

Durante un mes las abuelas y las jóvenes solteras se encargan de los más pequeños mientras el viejo capitán enseña matemática y geografía a los niños en edad escolar; los hombres trabajan en la huerta; por la tarde, las mujeres cosen y tejen; cada quien se dedica a actividades comunitarias e individuales o comparten juegos e historias sin abandonar por nada el pequeño pueblo que, a su vez, parecía olvidado del resto del mundo.

Nuevamente resuenan ecos familiares entre lo relatado por Monsieur Sylvain y nuestra situación frente al COVID-19: ¿acaso la primera reacción de toda la población no fue proveerse –al punto de necesitar los comerciantes racionalizar algunos productos para no caer en el desabastecimiento? ¿No se organizaron en los hogares las lecciones, las labores domésticas y hasta el esparcimiento? ¿No se recomendó el uso de desinfectantes?... Tanto los habitantes provenzales del siglo XVIII como nosotros hoy por hoy acudimos a medidas semejantes para paliar las complicaciones o dificultades de la situación.

Igualmente, tanto como ahora, en aquel entonces se hicieron sentir las consecuencias psicológicas del confinamiento. Con cuánto temor los profesionales de la salud, especialmente los psicólogos, analizan las posibles secuelas que dejarán tanto el aislamiento (en algunos casos) como la obligación (en otros) de compartir todo el día con personas que hasta ahora solo veíamos durante unas pocas horas... Así, en “Les pestiférés” se cuenta: “Cette vie dura près d’un mois - mais, quoiqu’ils fussent en sécurité, le caractère des reclus s’assombrissait chaque jour. [...] Les vieux, qui craignent tant la mort, furent les premiers à déraisonner” [173].

A pesar de las dificultades, los vecinos se sentían seguros y pensaban haber sorteado con éxito la epidemia; pero al cabo de cuarenta días reciben la noticia de que el caserío sería incendiado hasta los cimientos, tal como las autoridades habían hecho ya con otras poblaciones para erradicar el mal y evitar su propagación. Efectivamente, debido a que los pobladores de este distrito habían desaparecido de la vista del resto de los marseleses, se creía que todos habían muerto infectados por la peste.

Recordamos, entonces, el primer pronunciamiento de Maître Pancrace para afrontar la tragedia: “el fuego o la huida”... Si, al principio, huir había significado metafóricamente alejarse del flagelo mediante el confinamiento, ahora la inminencia del fuego –desgracia que para esta gente sana y feliz se vuelve mayor y más preocupante– obliga a pensar en una huida real. Así pues ponen en marcha una segunda ronda de preparativos, esta vez totalmente sofisticados, a fin de burlar el destino y conservar la vida. Se hace necesaria una nueva “conferencia de notables” de la que participan los reconocidos médico, notario, cura y capitán quienes, concluidas las deliberaciones, se presentan al resto de los vecinos para hacer públicas las medidas de último momento. Fácilmente relacionamos esta escena con las conferencias de prensa ofrecidas por nuestros Presidente y Gobernadores después de horas de consulta y debate, para dar a conocer a toda la ciudadanía las resoluciones contra la pandemia de COVID-19. Nuevamente las semejanzas impactan.

Burlar el destino y conservar la vida significaba eludir las ordenanzas de las autoridades civiles, militares y sanitarias. Había que dejar el

pueblo e instalarse en alguna zona aledaña, aun no alcanzada por la enfermedad. Para ello se hacía necesario atravesar las fronteras celosamente custodiadas por los soldados ya que, entonces como ahora, había sido necesario acotar el espacio de circulación, establecer limitaciones, cerrar las fronteras e impedir todo contacto entre los marseleses y el resto del país.

Así pues, dirigidos por Maître Pancrace, orquestan entre todos una verdadera puesta en escena o mascarada que les permite abandonar el lugar y ponerse a salvo: se hacen pasar por un gran cortejo fúnebre que deja atrás la ciudad para ir a depositar a “los apestados” en una de las grutas de las colinas...

Cada quien tiene un papel que representar: la gran mayoría actúa de cadáver, algunos desnudos, todos pintarrajeados simulando bubones negruzcos y sanguinolentos; otros acompañan como penitentes con antorchas y campanas, con largas túnicas y capuchas; el cura del pueblo dirige el cortejo recitando el *miserere* de rigor y Maître Pancrace, engalanado con un traje de alto rango militar, encabeza la comitiva y se encarga de convencer a los simples soldados que custodiaban la frontera para evitar que alguien cruzara, de que se trata de una comisión ordenada por las más altas autoridades. Obviamente, asustados por el tremendo espectáculo y por la urgencia de obedecer órdenes de un superior jerárquico, los soldados dejan pasar el cortejo y corren a bañarse en vinagre...

La comitiva se dirige rumbo al poblado de Allauch a través de las colinas. En el camino se encuentra la citada “Baume des pestiférés”, antigua mina delante de la cual se hallan sentados los personajes de Marcel Pagnol, Monsieur Sylvain y los adolescentes, recordando la historia.

Al final del relato, leyenda se eleva a categoría de “gesta heroica” por cuanto la anécdota es presentada como un hecho memorable en el que destacan la heroicidad de los protagonistas y la trascendencia de las acciones; ahora bien, en este caso no se trata de hazañas o proezas físicas, sino que resulta admirable y memorable el empleo ingenioso de la inteligencia, elemento digno de destacar por los receptores del relato. No olvidemos que hemos resaltado la importancia de la situación comunicativa. Recordemos que la narración está puesta en

boca del viejo marino, Monsieur Sylvain, y que los receptores son Marcel e Yves, dos adolescentes curiosos, amantes y orgullosos de su Provenza natal. Es, pues, de gran importancia para los interlocutores que el hecho no sea simplemente rememorado sino magnificado, justificando el interés de la existencia de la gruta y la presencia en el lugar de los tres paseantes.

## El humor

Tal como quedó anunciado al principio de estas líneas, de este contexto se deriva asimismo el tono sutilmente humorístico de la narración. Entiendo que Monsieur Sylvain necesita tanto mantener viva la atención de sus jóvenes oyentes como afirmar el lazo de complicidad existente entre los tres, detalle también mencionado en párrafos anteriores. Así, pues, por medio de algunos guiños y rasgos de humor la historia de los apestados resulta particularmente atractiva y apta para el momento de descanso delante de la gruta.

Entre tales guiños está la mención del juego de bolos y ya quedó ejemplificado cómo Monsieur Sylvain acerca entre sí a los tres participantes de la conversación, acudiendo a un elemento de conocimiento común e ineludible. Otro ejemplo lo constituyen dos referencias al presente de la enunciación que permiten a los jóvenes oyentes establecer comparaciones y comprender mejor la experiencia del pasado: “il était d’usage, à cette époque, de garnir les placards et les resserres aussi complètement qu’on le pouvait, car le ravitaillement - même dans une grande ville - n’était pas toujours assuré comme il l’est aujourd’hui” [163]. O bien : “il fallait tirer l’eau des puits directement, je veux dire sans passer par les poulies, qui grinçaient, comme c’est l’habitude des poulies de puits” [172].

Por otra parte, el “final feliz” del relato constituye un alivio frente a la pesadumbre del asunto tratado; la enfermedad y la muerte, temas de suyo graves y conmovedores, son revestidos con un aura de comicidad que, sin restarles significado, colorea la evocación. Dicha aura está presente desde el principio de la historia. Ya se dijo, por ejemplo, con cuánta simpatía Monsieur Sylvain acorta la distancia temporal entre el presente de la enunciación y el pasado de la anécdota desde sus

primeras palabras. Otros modos de distender la gravedad del asunto y de vivificar y acercar la historia son el uso de la ironía, de la exageración, de la extravagancia, de lo inesperado, de la burla, del ingenio, del doble sentido, de los juegos de palabras. Respecto de esto último, sirvan de ejemplo los siguientes extractos de diálogos entre el cura y el médico:

- [...] Les Infirmeries sont bien organisées pour combattre la peste, et il est tout à fait certain qu'elle n'en sortira pas.

- Il est tout à fait certain, dit Maître Pancrace, que cette fois elle en est sortie [149].

O bien :

- Notre bon Maître Pancrace, dit le clerc, voit peut-être les choses en noir.

- Je vois les choses en noir, dit Maître Pancrace, parce que la morte que j'ai vue était précisément toute noire [150].

En efecto, recordemos que se trataba de la peste bubónica, llamada también peste negra debido al característico oscurecimiento que la tumefacción imprime en la piel de los infectados. La misma, que muchas veces llegaba a Marsella con los barcos que venían de Asia, solía ser contenida en la enfermería del puerto; pero en 1720 nada pudo evitar que se propagase.

Inesperados y por lo tanto cómicos, tal como ya se ha ejemplificado en párrafos anteriores, son algunos argumentos o conclusiones tanto del narrador como de los personajes. Un caso más para recordar aquí es la solución que Maître Pancrace encuentra entre sus libros de medicina: "Il haussa les épaules, tourna la page, et tomba sur le remède du médecin allemand Estembach. La recette en était fort complexe, et lui parut intéressante, mais l'auteur de l'ouvrage ajoutait en note : « Il fit prendre ce remède à quatorze personnes, qui en moururent sur-le-champ : ce qui fut cause que nous ne voulûmes plus que ce médecin vît d'autres malades. »" [154].

En cuanto al empleo de la ingeniosidad, la "mascarada" del final es el toque de gracia de una sucesión de situaciones divertidas que sorprenden y desconciertan en medio de la desgracia y por lo mismo

resultan más jocosas. Tanto más, inclusive, por cuanto son referidas con toda naturalidad y llaneza como si no vinieran a desentonar con la atrocidad de las circunstancias.

Un ejemplo destacado y claro caso de humor negro es el destino de Maître Combarnoux. El ferviente pañero, ya mencionado más arriba, se niega a acatar las medidas sanitarias dispuestas por el sensato médico del pueblo. Al amanecer del primer día de cuarentena, desoyendo las órdenes de Maître Pancrace y fiel a sus convicciones religiosas, parte como de costumbre con toda su familia hacia la ciudad para escuchar la Misa diaria. No regresa sino a la noche con su mujer y sus cinco hijas ya muertas y él mismo agonizante, todos víctimas de la temible peste. Ruega que le permitan entrar a su casa; pero nadie lo atiende y el médico, en el colmo de la sangre fría y el pragmatismo, pone en práctica una idea inimaginable pero totalmente hilarante:

- Maître Combarnoux, dit Pancrace, il vous reste encore un peu de vie... Faites un effort, et essayez de vous asseoir sur les marches de mon escalier, le dos appuyé contre ma porte...

- À quoi bon ? -haleta le mourant.

- Ce sera, dit Pancrace, une bonne action, la dernière de votre vie, parce que votre dépouille fera peur aux bandits qui vont peut-être venir nous attaquer, et vous sauverez ainsi la vie de trente petits enfants que vous connaissez... [170].

Para completar el tétrico cuadro, varios hombres protegidos por guantes, capuchas y zuecos ayudan a colocar junto al muerto al resto de la familia "qu'ils arrangèrent artistement autour du drapier mort, dont le menton, maintenant, pendait horriblement sur un jabot de dentelle sanglant" [171]. A partir de ese momento, el conjunto sirvió para ahuyentar a merodeadores indeseables, ladrones y asaltantes que hubiesen podido alterar la paz de los vecinos autoconfinados:

On voyait s'avancer, à pas légers, des rôdeurs faméliques, armés de piques, et parfois le pistolet au poing, en quête de nourriture ou de pillage... Ils venaient jusqu'à la grande façade, puis s'arrêtaient soudain, horrifiés, et s'enfuyaient à toutes jambes : le bon drapier, noir comme un nègre, le visage tout grimaçant de vers, au centre de sa famille momifiée, veillait fidèlement sur la communauté [173].

Irónicamente, aquel que no había aceptado hacer un sacrificio personal, dejar de asistir a la Misa diaria, en favor de la salud general y que puso en peligro a toda la comunidad con su conducta obstinada, terminó protegiendo a todos merced a su terrorífico aspecto y el de su familia, colocados como una suerte de escultura mortuoria delante de la puerta de Maître Pancrace, en el centro del pueblo.

Otra anécdota jocosa es la del notario que, habiendo ido hasta la ciudad para ver por sí mismo el estado de la epidemia (¿qué otro personaje, si no el notario, hubiera podido cumplir ese rol...?), regresa espantado y decide encerrarse en el sótano de su casa. La humilde y generosa finalidad de esta decisión es aguardar aislado durante tres días y observar si ha sido víctima de la enfermedad; incluso está dispuesto a morir solo; la idea es no exponer al resto de los vecinos al peligro de un contagio. Desde el sótano, que es también bodega, interviene durante un tiempo en algunas conversaciones. Cuando su voz deja de oírse, en medio de la vorágine de los preparativos, el hombre es olvidado por sus amigos. Aun el previsor y atento médico deja de pensar en él. Cuando por fin lo recuerda y se acerca al ventanuco del sótano temiendo lo peor, escucha algunos sonidos inarticulados y sordos que el médico interpreta como los últimos estertores de la agonía del pobre notario. Sin embargo, el mismo –que se había hidratado durante ese tiempo de encierro con lo más selecto de su bodega- estaba perfectamente sano y solo trataba de entonar:

Ô bergère vola-age  
 Dis-moi le secret de ton cœur,  
 Je veux dans ton corsa-age  
 Trouver le chemin du bonheur... [165].

El guiño de tintes eróticos se presenta asimismo en el relato de las primeras disposiciones. Antes de iniciar el confinamiento, a fin de asegurarse sobre el estado de salud de la comunidad, el astuto médico indica una revisión general: “je vous examinerai l’un après l’autre, afin d’être certain de ne pas enrôler le loup dans notre bergerie...” [164]. Uno por uno, comenzando por los niños, pasan por la inspección del médico que, con ojo avizor, no deja de revisar la piel, los ganglios, el abdomen, la lengua, el aliento, el pulso de cada quien ni de frotarlo, al

concluir, con la solución de vinagre. Sin embargo, son las mujeres jóvenes quienes reciben la mayor atención...:

On remarqua que Maître Pancrace apportait beaucoup de soin à cet examen : il resta parfois plus d'une minute à caresser la blanche peau d'une rougissante demoiselle, puis il cherchait de fort près, et pour ainsi dire du bout du nez, la moindre trace d'écorchure, ou le plus petit bouton : c'est que la peste est une maladie fort insidieuse qui débute parfois à très petit bruit [165].

La excusa o justificación con que concluye el narrador no hace más que ironizar sobre la intención que esconde la pulcra labor del médico. Con idéntica complicidad, Monsieur Sylvain justifica la relajación moral que sobrevino pasado cierto tiempo:

D'autre part, l'ennui et la peur commencèrent bientôt à dérégler les mœurs de ces bonnes gens, et il y eut un grand nombre d'adultères, dont personne d'ailleurs ne sembla se soucier beaucoup, sauf le boucher Romuald, qui enrageait d'être cocu, mais que Pancrace consola par des considérations philosophiques d'une si grande beauté que le boucher, ayant fait cadeau de sa femme au boulanger, se mit en ménage avec la petite servante de l'épicier. Elle en fut bien aise, car elle craignait, depuis le début de la contagion, de mourir pucelle... Ces mœurs attristèrent le vertueux notaire, et d'autant plus cruellement qu'il en fut victime lui-même, car il se surprit un beau soir en pleine fornication avec la femme du poissonnier, qui n'était ni jeune ni belle, mais capiteuse et entreprenante [173-174].

Otra anécdota de tenor semejante se relaciona con el regreso del cura al pueblo, después de un mes de ausencia. Este ha logrado eludir la peste pero el médico teme que pueda traerla consigo en sus vestimentas, por lo que lo obliga a desnudarse en medio de la calle desierta, quemar todos sus atuendos e higienizarse durante una hora, minuciosamente, con jabón primero y luego con la solución de vinagre especiado. El cura así lo hace y el narrador declara: "Pendant toute l'opération, qui dura près d'une heure, il y eut beaucoup de dames et de demoiselles derrière les volets fermés, car il était assez joli garçon et la peste, en l'amincissant, avait confirmé son élégance naturelle" [176-177].

El humor se acentúa un poco más adelante cuando, despechadas, las damas cambian completamente de opinión. La causa es el

menosprecio que sienten por parte del joven cura quien no toma en cuenta a las mujeres durante la planificación de la huida. Ante esta actitud poco galante, las mismas que lo habían observado con ojos admirativos y complacientes se muestran severas y suspicaces...: “les femmes commencèrent à dire que ce clerc avait toujours voulu faire l’intéressant, qu’il n’avait sûrement pas eu la peste, et qu’il venait sans doute de passer deux mois chez quelque vieille maîtresse qui avait fini par le mettre à la porte. On l’accusait d’avoir toujours fait des farces, et d’avoir un mauvais fond” [180-181].

Tal como ya se dijo, la “mascarada” final constituye el punto culminante de humor dentro del relato. La organización es muy divertida. El propio narrador se refiere a ella como a una puesta en escena [185] y, en efecto, lo es. Maître Pancrace reúne a las mujeres más hábiles para coser túnicas, capuchas y guantes; reparte los papeles que cada vecino habrá de desempeñar durante la huida: unos representarán cadáveres, otros, penitentes... No solo hace preparar los disfraces sino que maquilla él mismo a los falsos apestados con todo arte y la imitación de la realidad es tan perfecta que los propios actores quedan confundidos: “Maître Pancrace arrangea artistement une quarantaine de visages et de corps et prouva que s’il ne savait pas guérir les bubons il savait du moins en faire d’admirables. Ce fut si bien réussi que ces malheureux se faisaient peur entre eux, et que quand les deux premiers reparurent dans les jardins, plusieurs femmes s’évanouirent [...]” [185].

Dignos de destacar son la escena y el diálogo impregnados de doble sentido que tienen lugar entre el médico y el notario encargado de confeccionar el salvoconducto:

Enfin, prenant dans l’un de ses cartons un acte de vente que l’échevin Moustier était venu signer dans son étude, il en copia la signature avec une aisance si grande et une exactitude si parfaite que Pancrace s’écria :

- Quelle merveille! C’est à croire que vous avez fait ça tous les jours de votre vie.
- Non, dit modestement le notaire. Pas tous les jours, mais chaque emploi a ses nécessités...

Il exécutait fort bien celles du sien, car il sortit bientôt un sceau de plomb, aux armes de la Ville de Marseille, et l'imprima bellement au bas de la page, sur une pastille rouge de cire chaude d'où sortait un ruban bleu.

Alors, il contempla son ouvrage, se frotta vivement les mains, et déclara :

- Celui-ci est particulièrement réussi, et Monsieur l'échevin Moustier lui-même n'oserait pas jurer que c'est un faux... [184].

Para finalizar, vale la pena develar el misterio acerca de Maître Pancrace, quien se pone al frente del simulado cortejo fúnebre vestido con un impactante y rico traje militar. Los vecinos quedan atónitos ante el médico en su uniforme de -inada menos!- capitán de los guardias del Rey. Y aunque este los corrige, "j'étais le chirurgien en chef de cette illustre Compagnie, avec le grade de capitaine..." [183], aparece ante el resto de la comunidad aún más digno e imponente que nunca. Les revela, entonces, parte de su pasado: durante la campaña de Holanda, había tenido el honor de asistir a Luis XIV quien, altamente satisfecho con su ciencia y sus cuidados, lo había retenido a su lado hasta su muerte como médico personal. Lo que nadie imagina oír es cómo había adquirido este su buena reputación frente al Rey...: "Sa Majesté, dit le docteur avec émotion, était incommodée par des vents continuels, et dont la violence effrayait son cheval: je réussis à les dompter, et depuis ce jour-là, je restai attaché à son Auguste Personne jusqu'au triste jour de sa mort" [183].

### **Conclusión**

Marcel Pagnol nos deleita con una historia llena de gracia e imaginación; el tema de la peste se reviste de una comicidad inusitada. La literatura suele abordar esta infausta realidad acentuando su faceta horrible y angustiosa y los ecos de la lectura sugieren planteos sociales, morales o metafísicos que colocan al hombre frente al problema con profunda gravedad. Nuestro provenzal, en cambio, desdramatiza la situación aun cuando no omite nada de su espanto. Contra lo acostumbrado por otros autores, "las truculencias cómicas de Marcel

Pagnol, impregnadas de pintorescos regionalismos meridionales”<sup>7</sup>, al decir de Elena Real [Del Prado: 1101], nos arrancan una generosa sonrisa.

La destreza con la que el académico y cineasta francés construye la anécdota y la originalidad con que la presenta hacen que “Les pestiférés” merezca, sin dudas, ser atendido y colocado entre los mejores relatos literarios sobre la peste.

## Bibliografía

Del Prado, Javier, ed. 2010. *Historia de la literatura francesa*. Madrid: Cátedra

Pagnol, Marcel. 2004. *Le temps des amours*. Paris: Éditions de Fallois.

“La peste de 1720, dite peste de Marseille”. En línea: <https://www.histoire-pour-tous.fr/histoire-de-france/3688-la-grande- peste-de-1720-marseille.html>.

---

<sup>7</sup> Es interesante destacar que Marcel Pagnol produce su obra tanto dramática como narrativa y cinematográfica entre las décadas del 30 y 70 del siglo XX, años fuerte y definitivamente marcados por las corrientes del Existencialismo, el Teatro del Absurdo y la Nueva Novela. Ahora bien, nuestro académico no acusa las influencias literarias de su tiempo. Por el contrario, su producción es innegablemente original: en una rica prosa y una impecable factura clásica da vida a personajes, historias y diálogos de profunda humanidad, pero totalmente impregnados de su Provenza natal. Es posible que este marcado regionalismo y el haberse mantenido al margen de las modas intelectuales hayan sido la causa del injusto relegamiento con que la crítica ha desplazado a este autor a los márgenes del canon literario del siglo XX.